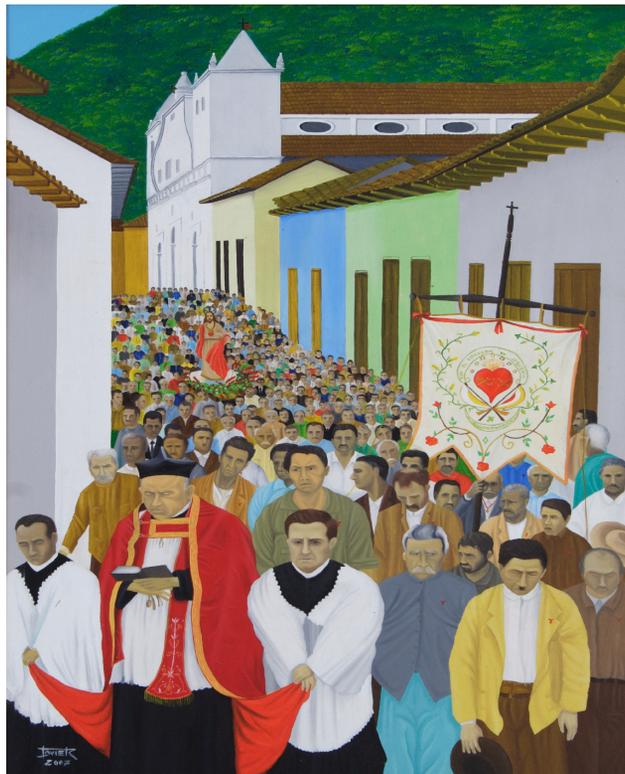


ENSAYO



Procesión del Sagrado Corazón de Jesús
Javier Uzcátegui
Museo de Arte Popular Salvador Valero

Desde la Cola del Dragón de Jorge Edwards: Literatura, Historia y Política en el Ensayo

María del Pilar Vila*

El carácter de discurso atravesado por un sinfín de datos circunstanciales, por su incompletud, por estar plagado de opiniones manifiestamente subjetivas e incluso de señales autobiográficas¹ constituye el aspecto del ensayo que me interesa destacar. Estas particularidades, vistas como un obstáculo para definirlo, son relevantes en la medida que le otorgan un carácter desafiante puesto que impulsan al lector a enfrentarse con una multiplicidad de ideas que -a pesar de no permitir resolver el “enigma del ensayo”- da un marco de reflexión poderoso. El ensayista mira el presente de modo crítico y repasa el pasado con la autoridad otorgada por su voz en tanto partícipe directo de los hechos cuestionados o compartidos. Asume, pues, un compromiso con lo que dice, con lo que lee, con lo que cuestiona y con su propio pensamiento, poniendo en evidencia que el ensayo nunca es neutral puesto que despliega el punto de vista de quien no oculta su posición frente a lo postulado, básicamente porque se propone –como voz autorizada- interpretar el mundo. (Weinberg, 2003) Por otra parte, el carácter de texto inconcluso, fragmentario o “segmentado” (Ortega y Gasset) marca el rasgo más apasionante de un discurso que busca conmover, impactar y desplazar puntos de vista, lugares de lectura, posiciones filosóficas en tanto evidencia el carácter de “género imprudente” (Forster; 2004:35). Procura, en síntesis, impulsar la revisión de viejos temas a la luz de nuevas miradas, apelando siempre a la atención creativa del lector.

Jorge Edwards es autor de los siguientes libros de ensayos: *Desde la cola del dragón*, *El whisky de los poetas* y *Machado de Assis*. Excepto este

*Universidad Nacional del Comahue. Argentina

¹ Weinberg, Liliana, “Para una nueva lectura del ensayo” – mimeo, s/fecha.

último, los dos primeros circulan por esa lábil línea que separa al ensayo de la crónica y hasta de los artículos periodísticos, en especial cuando ingresan en esa zona diferente de la inicialmente habían sido presentados.² Esta suerte de indefinición no hace más que fortalecer uno de los rasgos centrales: su difuminación sustantiva.

El libro dedicado a Machado de Assis, por su parte, atiende a cuestiones narrativas de una figura central para el campo literario brasileño al tiempo que expresa los vínculos literarios de Edwards con quien es figura siempre presente en sus trabajos ensayísticos o periodísticos.

*Desde la cola del dragón*³ mereció el Premio Ensayo Mundo en 1977 y se caracteriza por considerar distintas perspectivas para desplegar los temas que preocupan a Edwards. Aborda cuestiones literarias, otras que carecen de enfoque ficcional, otras que se sostienen por lo autobiográfico pero, en el conjunto, predomina el tono reflexivo. El libro tiene su soporte básico en la experiencia del autor, por lo tanto las marcas de subjetividad adquieren relevancia al tiempo que contribuyen a marcar cierta ambigüedad puesto que, como dice Gómez de Baquero: “Lo subjetivo, lo personal, es lo más difícil de reducir a unidad, a definición, a contorno.”⁴ Sin dudas la voz del ensayista, su obra, sus vínculos, su historia personal están presentes, y así lo atestigua la fuerte presencia del yo que se inscribe en lo que Arenas Cruz denomina la conciencia del ensayista para exponer sus ideas, “sus convicciones a título personal” (1997:383). En alguna medida, hace profesión de la condición de quien tiene autoridad para pensar, problematizar y discutir determinados temas.

Con más precisiones en algunos casos, más veladamente en otros, el ensayista apela a la competencia del lector, obligándolo a revisar algunos libros

² Tal vez sea pertinente recordar que Edwards ha tomado como referencia muy destacada las *Epístolas a Lucilio* de Séneca, considerada por algunos teóricos como “ensayos [...] es decir, meditaciones dispersas reunidas en forma de epístolas”. *El origen del mundo* abre más de un capítulo con citas tomadas de ese libro, cuestión que al menos inicialmente nos permite inferir que el género le provee de una zona de reflexión muy alta que desplegará en los ensayos.

³ Barcelona: Editorial Dopesa, 1977. En lo sucesivo se cita por esta edición.

⁴ Citado por Gómez-Martínez, José Luis, *Teoría del ensayo*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1981, p.44.

del propio Edwards, conmoviendo posturas políticas e interpelando posiciones rígidas, y hasta esclerotizadas por acción del tiempo, y algunas inflexibles, reiterando que no se puede cerrar definitivamente ningún tema. Algo así como “pensar el ensayo como una escritura de crisis y crítica de las condiciones de la cultura.”⁵ Esta operación consigue unir conceptos que provienen del ámbito privado, dotados en algunos casos de una alta emotividad, con otros dominados por el intelecto para expresar el modo en que el ensayista desnuda sus pasiones pero también dejando a la vista la familiaridad con que incursiona por los temas tratados.

El libro está organizado en cinco apartados: “Simetrías y disidencias”; “Utopías”; “La zona de sombra”; “Paradojas españolas”; “Nuevas reflexiones sobre el compromiso de los intelectuales”. Los trabajos que integran el primer apartado están focalizados en los acercamientos y los distanciamientos entre la vida política europea y la chilena, de modo que las referencias a proyectos revolucionarios se relacionan directamente con esta última a partir de la elección de Salvador Allende. Praga y su emblemática primavera constituyen el punto de comparación con la ‘primavera chilena’, tal como lo hace Edwards incluso en algunos textos ficcionales, producto de sus inquietudes ideológicas y de su itinerario cosmopolita. Será este último y su formación marcadamente europeizante los que le permitan mirar a su país desprendido de una perspectiva nacionalista tan cara a la sociedad chilena. El ensayista Edwards se nutre de distintos pensamientos y experiencias a los que liga con los propios, dejando marcas en su obra, algunas visibles, otras atravesadas por su perspectiva de lectura.

Todo cabe en el ensayo y, respondiendo a este principio, se acoplan en los suyos las más variadas voces evidenciando el propósito de Edwards por no mostrarse adherido a ningún tipo de encasillamiento, aunque a veces sus afirmaciones se lean como actitudes contradictorias. En esto se puede leer lo que Arenas Cruz considera una operación de argumentación propia del ensayo: confrontar distintos puntos de vistas y, en forma directa, provocar el discurso

⁵ Casullo, Nicolás, “La inquietud del alma” en Marcelo Percia, Marcelo (compilador) *Ensayo y subjetividad*, Buenos Aires: Eudeba, 1998, pp. 29

⁶ *Síncrisis y anácrisis* en términos socráticos.

del interlocutor.⁶ (1997:55) Sin embargo, el ensayista no expresa de modo categórico su desconocimiento sobre los tópicos a tratar; invita a revisarlos o a la discusión, provoca, no obstante no deja huellas que permitan advertir que es él quien busca la verdad. Antes bien es una invitación para que el lector o el interlocutor revisen sus propias afirmaciones o concepciones, de modo tal que estos ensayos emergen como “focos de iluminación e insurrección.”⁷

Al igual que el género, el ensayista se piensa como un ex – céntrico. ¿Qué es si no revisar el papel de Neruda⁸, el de Allende e incluso el de Karl Marx a la luz de los acontecimientos políticos chilenos de los años setenta? ¿Qué significa atreverse a decir que *Confieso que he vivido* es un libro al que conoce desde las entrañas de su hechura, tal como le expresa cuando afirma que “[c]onocí muy de cerca e incluso intervine de algún modo en la escritura de se libro”? (p. 40) Sostiene esta afirmación con el peso que le otorga la circunstancia de haber recorrido una etapa importante de su vida junto al vate. Desde el lugar que ocupa en el presente, el ensayista se muestra como par del gran poeta nacional y lo expresa proponiendo la reinterpretación de un tramo de la historia literaria y política chilenas, asignándose un notorio papel que lo coloca como intérprete privilegiado de un tiempo central para el campo cultural de su país y del continente: “Es una historia que vale la pena, me parece, narrar ahora”. ¿Cuál es el ‘ahora’? ¿El tiempo de Neruda muerto e ingresado en el Parnaso?, ¿el de Edwards construyendo su propio sitio o fortaleciéndolo? Sin dudas, este ensayo se constituye “como testimonio de ese acontecimiento por medio de la escritura” (Grüner, 2000: 16).

Una renovada mirada sobre nombres representativos para el campo cultural es el punto de arranque para estos discursos. Y en esa renovación, la litera

⁷ Kuri, Carlos “De la subjetividad del ensayo (problema del género) al sujeto del ensayo (problema de ensayo” en Marcelo Percia (Compilador) *El ensayo como clínica de la subjetividad*, Buenos Aires: Lugar Editorial, 2001, pp.99-118.

⁸ Neruda reaparece en *Diálogos en un tejado* convertido en mito. Lo interesante de esta referencia es que ahora lo hace mediado por la novela de otro escritor: Antonio Skármeta. La construcción del poeta en la rebautizada *El cartero y Pablo Neruda* ofrece –como lo consigna Edwards- una perspectiva del poeta a la sombra del cartero semianalfabeto. Una vez más nos encontramos ante la operación propia de los ensayos: recuperar temas para darles nuevas torsiones, aunque también el ensayo invita a revisar otras cuestiones: al hablar del invento del cineasta Michael Radford, ¿no está orientando la crítica hacia Antonio Skármeta?

tura también conoce los embates dialécticos del ensayista. La literatura – aunque sería más apropiado decir ciertos nombres de la literatura– asumen nuevas formas mediadas por la voz del ensayista: Borges junto a Chesterton, de Quincey, Lope de Vega o Blanco White emergen a través de la voz del ensayista que goza de la libertad de su pensamiento y de la posición que ocupa en el campo intelectual latinoamericano.

“Utopía” recoge sus observaciones acerca de los socialistas ingleses y, en particular, lo que denomina “su interés por las expresiones de la izquierda crítica”. Pese a esta primera consideración de un tema que puede enrolarse en lo ‘político’, la nota está dedicada a temas literarios y para ello analiza *La máquina del tiempo* de H. G. Wells. La referencia le sirve para vincular aspectos literarios con políticos, operación que repite cuando habla de Oscar Wilde y la publicación “El alma del hombre bajo el socialismo”. El artículo denominado “La sombra de Arthur Rimbaud” retoma cuestiones políticas francesas relacionadas con el Mayo Francés, posibilitando asociaciones con la situación actual de Chile sobre lo que considera un retroceso y anquilosamiento en el campo político de su país. Coloca la sombra de Rimbaud como herencia de los “grupos inspirados en el trotskismo, en formas de socialismo libertario, en la idea de cambiar la vida al mismo tiempo y quizás antes que la sociedad” (p. 84). En esta nota, se reafirma como escritor y destaca una vez más el tema de la profesionalidad del intelectual aunque sea utópica:

A fines de marzo o comienzos de abril de 1968 me encontraba en París, de regreso de ese primer viaje a Cuba y de esos tres o cuatro días en Praga de que ya he hablado antes. Mi idea, semejante en su utopismo, quizás a la de los estudiantes de la Sorbona, era quedarme en París por tiempo indefinido, en el refugio de un pequeño estudio de la rue Boissonade, situado entre el cementerio de Montparnasse y el parque de Luxemburgo, y tratar de ganarme la vida escribiendo. El lector ya pensará que soy un utopista incorregible y recalcitrante, y yo le confesaré al lector, por mi parte, que no me arrepiento de ello. (p. 84)

Se observan en este recorte referencias que merecen ser atendidas. Por un lado, la mención de tres centros cuyo peso en el imaginario del siglo XX es

bien conocido: Cuba, símbolo de la concreción de un proyecto revolucionario desde Latinoamérica; Praga, lugar de la rebelión y finalmente París como condensación de lo intelectual y lo político. A esto se debe agregar la presencia reiterada de la idea de escritor como bohemio, idea que lo acompañara en sus paseos por el Parque Forestal y en las largas tertulias de los cafés santiaguinos, en sus recorridas por una ciudad deseada como dadora de secretos y de lugares inquietantes que hasta el momento habían permanecido ocultos. Estos aspectos, estrechamente vinculados con su historia personal, impregnan al ensayo de un manifiesto gesto autobiográfico. El mismo se inscribe en un momento de madurez del ensayista, es decir cuando su capital simbólico y su capital cultural le permiten tejer y destejer vínculos. Todo ello ligado al propósito de ser visto y considerado por sus lectores como un “utopista”⁹ y, como si esto fuese insuficiente, la adjetivación elegida (“incoregible y recalcitrante”) contribuye para que lo ideológico y lo imaginario adquieran una fuerte presencia. Así como la intención de ser un bohemio lo acompañó desde su juventud, ahora, en su presente de escritor reconocido, la reafirmación de su condición de rebelde termina de delinear su figura de intelectual. A partir de estas afirmaciones se puede pensar que el concepto de artista presente en estos ensayos es el de un intelectual no solitario sino partícipe de grupos de iguales (aunque no le guste el término *generación*), deudor del concepto de bohemia y por ello con una cierta añoranza del artista baudelaireano. Por lo tanto, no es casual la alusión al hecho de que los primeros conocimientos de algunos políticos le llegaran de intelectuales (Lucien Goldman) y de que los políticos estén descriptos con un tono poético próximo a la literatura.

Finalmente, la imagen de las estatuas de los escritores en pleno apogeo de la rebelión estudiantil francesa dibuja la trayectoria del escritor. La política no está ausente pero siempre acompañada por la literatura; ambas conforman una alianza presente en la totalidad del corpus narrativo de este escritor. De allí que afirme que “estamos hoy día más lejos de Rimbaud, más cerca de Víctor Hugo, y muchísimo más cerca de François Mitterrand y de Georges Marchais” para concluir con su análisis teniendo a la literatura como referencia ineludible: “¡Todo es paradoja!, como decía don Miguel de Unamuno”.

⁹La elección del término (“Propenso a pensar o planear utopías”) tiene una significación más próxima a una concepción ética. Su propósito es el de proyectarse como un sujeto que, pese a los obstáculos, está dispuesto a ganarse la vida como escritor, gesto equiparable, desde su perspectiva, al “de los estudiantes de la Sorbona” del mayo francés.

La última nota de este segundo bloque, “El antimesianismo de Ingmar Bergman”, destaca la capacidad de “combinar la fuerza en el arte con la prudencia en la política” y también la actitud crítica frente a los cambios operados en el mundo. Literatura, cine, arte y política se amalgaman en un juego interpretativo sumamente productivo.

“Memorias de una cárcel contemporánea” abre el tercer grupo de notas cuyo título general es “La zona de sombra”. En este caso, el cruce con otras lecturas está diseccionado hacia la propia obra de Edwards. El fantasma de *Persona non grata* es el eje e incluye a un personaje con quien compartiera algunos momentos de su estancia en la isla: el fotógrafo francés Pierre Golendorf. La referencia a la nacionalidad le sirve para señalar una experiencia compartida con quienes provenían de sociedades más reconocidas en el contexto internacional. No es casual, tampoco, que aluda a la publicación de las memorias de Golendorf, sobre a su vida en Cuba y en las prisiones cubanas, por cuanto le posibilita relacionarlas con su situación personal. Edwards disemina fragmentos de su propia obra en un gesto de inscripción autorial destinada a otorgar legitimidad a lo dicho.

La segunda nota, “La muerte de José Lezama Lima”, también se relaciona con el clima político cubano que le interesa recordar y con el aislamiento en el que vivió pero sin perder de vista su dimensión como escritor:

Lezama no era un inofensivo malabarista de las palabras, como se ha pretendido describirlo, sino un intelectual de amplísimo registro, comprometido en el verdadero sentido de la palabra compromiso, un hombre que incorporaba sus predilecciones surrealistas a un humanismo de antigua estirpe y que sabía, en consecuencia, reflexionar sobre la sociedad, condición que provocaría, como por desgracia siempre ocurre, la suspicacia y después la resuelta desconfianza del poder. (p. 103)

Con esta referencia desvía a Lezama Lima hacia otro lugar en lo que respecta a la relación de éste con la revolución cubana. El supuesto alejamiento del poeta de los avatares políticos, su desvinculación con quienes censuraban ciertos comportamientos de Fidel Castro o su presunta complicidad identificada

en el silencio son revertidos en la apreciación del ensayista al definir a Lezama Lima como “intelectual de amplísimo registro, comprometido en el verdadero sentido de la palabra.” Confirmando esta afirmación, Edwards apela a su relación con el cubano y al conocimiento de primera mano que tuvo del mundo revolucionario de Castro durante su estancia en la isla como Agregado Cultural del gobierno de Salvador Allende.

Por su parte, “La dimensión policial” reactualiza el tema de la Cuba de Castro, esta vez al amparo de Joseph Conrad y su libro *El agente secreto*. ¿Se puede pensar, entonces, que ese recorrido constante por su propia obra está destinado a construir su autorretrato, esta vez de escritor? En ese armado de un “álbum de familia”, ¿su rostro se reconfigura con la sucesión de referencias a su propia obra y de escritores con los que se siente próximo?

“Paradojas españolas” rota hacia otra zona. Reúne un conjunto de observaciones acerca de los lazos de España con sus propias regiones, con algunos países latinoamericanos, entre escritores y dictadores, y los conflictos acarreados por la supremacía de una lengua sobre otras. Integra esta parte una serie de notas de fuerte tono reflexivo que remiten a cuestiones políticas, literarias y culturales de distintos ámbitos latinoamericanos y europeos. “Nuevas reflexiones sobre el compromiso de los intelectuales” resume, su concepción del papel del escritor en la sociedad, tema retomado en las dos notas que componen este capítulo: “Una vieja pregunta” y “El compromiso de hoy”. Los títulos hablan a las claras de la importancia de tales cuestiones en la situación actual. La rápida mención de los nombres más destacados, tanto de la literatura como de la política europea y latinoamericana le permite focalizar su atención en escritores cuya vida pública aunaba ambas actividades, entre ellos Jean Paul Sartre, Günter Grass, Antonio Machado, Rafael Alberti, César Vallejo, Pablo Neruda, junto a figuras de la esfera política, como Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Luis Corvalán.

“Una vieja pregunta” incluye, además un recorrido por los años cincuenta y sesenta, refiriéndose a “foros, mesas redondas y conferencias literarias” que hacían del papel del intelectual el eje de las discusiones. Son los tiempos de emergencia del ensayista como escritor reconocido, son los tiempos –también– en el que un grupo de escritores emerge bajo la denominación de ‘generación del cincuenta’ o ‘generación de la decrepitud’ bajo el manto protector de su clase de

pertenencia pero mirándola de modo crítico. Son, en términos gramscianos intelectuales integrantes de un círculo, que no se limitan a ser simples profesionales “sin rostro” o “miembro[s] competente[s] de una clase que únicamente se preocupa de su negocio”, (Said- 1996: 29) sino que procuran generar un cambio de opinión, modificar el horizonte lector de la sociedad a la que pertenecen y, en un gesto abarcador, cambiar la concepción lectora del continente.

¿Cómo organiza el ensayista estos textos? ¿Qué estrategias discursivas emplea y hacia dónde direcciona su voz? En principio, el rasgo más destacado es la inclusión de la referencia autobiográfica. El yo no está ausente y su diseminación toma distintos caminos: está la obra literaria y el camino político que recorre desde su lugar de diplomático expresando su voluntad de fijar su posicionamiento, de dar a conocer sus opiniones, sus relecturas de la literatura y de la política. Ambas referencias se anudan tanto en los ensayos como en la obra literaria: “De la tradición política a la barbarie” da cuenta del golpe militar, de los movimientos políticos de Allende, del ‘caso Padilla’, referencias que se expanden de modo significativo en el emblemático y conflictivo *Persona non grata*, relato cuya tipificación es tan huidiza como la de los propios ensayos.

El ensayo en cuestión alude al compromiso del escritor y a la presencia constante de esta temática en los más diversos foros de discusión. La posición del ensayista con respecto a este tema merece una distensión en la enunciación - “¡Dale con la preguntita!” - para inmediatamente recurrir a su compañero de ruta para encontrar una. La mención a Mario Vargas Llosa y la necesidad de explicar que “en cada pueblo de cien maneras diferentes, no menos de cincuenta veces” lo interrogan al respecto, distiende la narración, la carga de un cierto matiz irónico y distancia al yo de la importancia que otros otorgan al tema. La incorporación de una referencia proveniente del ámbito familiar (“nuestras mujeres, con una sonrisa, nos tiraban de la manga para contestar ellas, cosa que sin duda habrían podido hacer igual o mejor que nosotros”) da a estas digresiones un sentido testimonial, expresión de la interacción del ensayista, no sólo con el contexto sino con el mundo y las relaciones privadas. Son, en definitiva, marcas de discontinuidad propias del ensayo pero en las que no está ausente la problematización de contenidos antiguos y ya tratados.

Desde la cola del dragón es, en términos adornianos, interpretación y crítica. El ensayista logra unir el proceso escritural con la forma argumentativa produciendo un discurso en el que se aúna la crítica con la certeza dejando a la vista que no se está frente a un texto carente de neutralidad en tanto expresión de la actividad humana. La revisión de temas centrales para los finales del siglo XX está sostenida por un trabajo interpretativo de campos diversos, algunos de los cuales significaron modificaciones para la sociedad latinoamericana en su conjunto. Se despliega ante el lector una zona de tensiones y de cohesiones, de reflexiones relacionadas con un universo que unifica pero también separa al campo cultural latinoamericana. Alejado de la tierra natal, el ensayista reconfirma su mirada crítica frente a un presente que morigerará sus heridas sólo si es capaz de “alcanzar ese consenso democrático amplio y fecundo que a pesar de todo, a pesar de dificultades y retrocesos, alarmas y provocaciones, ingenuidades y astucias” (p. 166) cuestión que le ha permitido observar a su país y a América Latina “desde la cola del dragón”.

Entramado de ideas, el libro en su conjunto mapea territorios nacionales y extranjeros fortaleciendo vínculos, cancelando otros pero siempre dejando a la vista el modo en que el ensayista busca explicar e interpretar un trozo de su propia vida como intelectual y como político.

Obras Citadas

Arenas Cruz, María Elena, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla – La Mancha, 1997.

Forster, Ricardo “La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales” en, *Sociedad* N° 23, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, otoño de 2004, Buenos Aires, pp. 31- 42

Grüner, Eduardo *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*, Rosario: Homo Sapiens, 2000.

Said, Edward W. *Representaciones del intelectual*, España: Paidós, 1996.